

Atracción y deseo de violencia

Jesús Javier
Gómez Alonso

Profesor del Dpto. de Metodología de Investigación y Diagnóstico en
Educación. Univ. Barcelona. Miembro del CREA

En estos tiempos en que la violencia de género aumenta, sale más a la luz pública y se extiende a todas las edades, culturas, clases sociales y niveles educativos (universidades e institutos son muestra de ello), hay ciertas preguntas previas que necesitamos contestar si queremos superarla: ¿Por qué ocurre? ¿Cuál es y dónde está la raíz del problema? ¿Qué se está haciendo para erradicarla y qué más se puede hacer?

VAMOS por partes. Ante todo, hablemos sobre algo directamente relacionado con la raíz del problema: la atracción. La cuestión está en qué valores tienen y cómo son aquellas personas que nos atraen. Aquí tenemos un punto clave. ¿El amor es instinto, química, algo inevitable sobre lo que no hay control personal y social, o bien es social y, por tanto, podemos cambiarlo?

Pensar en el amor como algo instintivo, creer que es “ciego”, no sólo es acientífico y supersticioso, sino que puede condenarnos a relaciones que destrocen nuestras vidas

El amor es social, histórico, y depende de los procesos de socialización que vivimos, tal y como muestran los resultados de las investigaciones realizadas. Por ejemplo, a través de los diferentes agentes socializadores se observa cómo vamos interiorizando que los hombres atractivos, los que han de apasionar, están relacionados con la violencia, mientras que los buenos son sosos y aburridos; la conclusión más generalizada es sentir atracción y deseo hacia quienes tienen “personalidad”, “carácter”, son “enérgicos”, etc. (en otras palabras, hacia quienes son violentos). En los medios de comunicación se constata cómo el personaje atractivo aparece relacionado con la violencia, y cómo se unen pasión y violencia.

Pensar en el amor como algo instintivo, creer que es “ciego”, no sólo es acientífico y supersticioso, sino que puede condenarnos a relaciones que destrocen nuestras vidas, y/o justificar otras como “inevitables”. De hecho, muchas veces oímos decir (o decimos) que la razón dicta una cosa y el corazón otra, y que no hay que ser tan racionales y conviene dejarse llevar por el “corazón”. En realidad, lo que suele ocurrir en esos casos es que -no nos olvidemos, debido a la socialización- “nos tira” una persona, nos atrae con fuerza, y usamos (conscientemente o no) la coartada del amor instinto, ciego, de la “química” que se establece, etc.

Si el amor es social, se puede actuar sobre él y cambiarlo, de forma que se transformen nuestros gustos y deseos. ¿Cómo lo haremos? De entrada, reflexionando, siendo personas críticas con todo lo que vamos recibiendo; y después, interactuando, dialogando, ya que de esa manera iremos interiorizando otros valores a través de la intersubjetividad, de nuestras interacciones y de la comunicación que en ellas establezcamos.

En resumen, la violencia de género no proviene de la naturaleza humana como un suceso inevitable, sino que sucede porque nos socializamos en el deseo de la violencia. Y ese deseo hace que atraigan personas relacionadas con la violencia y que unamos violencia con pasión. Se están haciendo muchas cosas para cambiar el panorama (leyes, propuestas, más apoyo policíaco, castigo a maltratadores, ayuda psicológica, superación de la soledad, trabajo independiente, etc.) pero, insistimos, es clave transformar los procesos de socialización que influyen en la raíz primera, la atracción.

Un debate urgente

URGE AMPLIAR y profundizar un debate, cuanto más abierto y público mejor, que sirva para unirnos en decisiones que busquen objetivos comunes, tales como que todas y todos podamos disfrutar de relaciones afectivas y sexuales satisfactorias. Eso implicará cambios radicales en el sistema educativo y en nuestra comunicación en el día a día, pero merece la pena intentarlo. Al fin y al cabo, en juego están, ni más ni menos, nuestras emociones y sentimientos más profundos.